



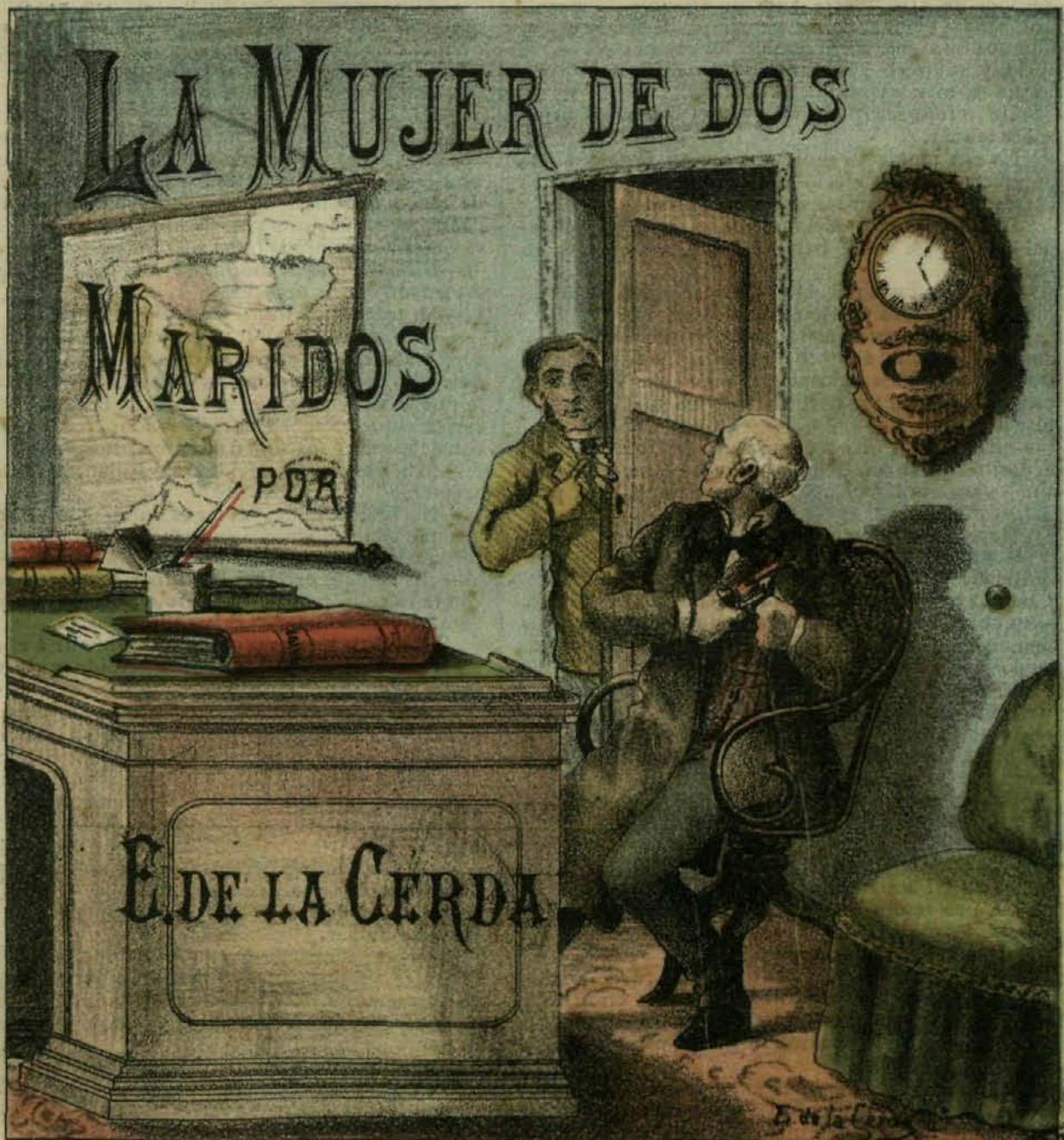
E. de la Cerda

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

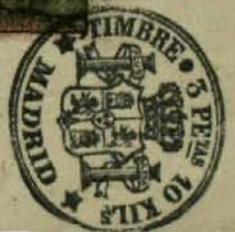
PRECIOS  
 N.º corriente, 15 cént.; N.º atrasado, 25  
 A los correpostales, mano de 25 ejemplares, 2,50  
 pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 15 de Diciembre de 1884

Se admiten suscripciones en toda España abonando  
 anticipadamente 12 ejemplares, por 1,50 ptas.—La co-  
 rrespondencia, reclamaciones y pedidos al administrador  
 D. GUILLERMO OSLER, Espiritu Santo, 18, Madrid.



—¿QUÉ BUSCAS AQUI? ¿QUÉ QUIERES?



## LA MUJER DE DOS MARIDOS

POR E. DE LA CERDA

¡Arruinado!—exclamó D. Julian cerrando el libro en que acababa de verificar la última suma que demostraba con esa lógica fatal de los números, que entre el *Debe* y el *Haber* existía un déficit de cinco millones de reales.

Esto es hecho, continuó con acento sombrío: entre la deshonra y la muerte, no hay que vacilar. Concluyamos de una vez.

Tomada la resolución de apelar al suicidio, como único modo de demostrar al mundo, que quien había vivido respetado, no podía sobrevivir á su deshonra, cerró con llave la puerta de su despacho, y con una calma verdaderamente espantosa, escribió dos ó tres cartas, dejó á la vista algunos papeles de interés, y después de arrodillarse ante un crucifijo de marfil, que pendía de una de las paredes, y de haber orado algunos minutos, abrió uno de los cajones del escritorio, y tomó en sus manos un magnífico revólver, cuyas cápsulas examinó con cuidado.

Un minuto después apoyaba el cañón del arma sobre la sien...

En este momento sintió que abrían la puerta que conducía á las habitaciones interiores, y que había olvidado cerrar, y apareció Juan, el criado.

D. Julian ocultó rápidamente el revólver debajo del gabán, y se volvió hacia el doméstico en ademán colérico.

—¿Qué buscas aquí? ¿Qué quieres? exclamó con los ojos desencajados y lívido como un cadáver.

—Señor, contestó Juan, que no sospeché lo que su amo había estado á punto de realizar: ví la puerta cerrada y vine á asegurarme de que había Vd. salido, para contestar al Sr. Barón del Risco, que desea hablar á Vd.

—¡El Barón del Risco! murmuró D. Julian; el que depositó su confianza en mí, entregándome en depósito cuatro millones... A buen tiempo llega para verme morir.

Hazle entrar, Juan, dijo en voz alta.

Compuso su semblante, dándole la posible tranquilidad, mientras Juan iba á introducir al Barón. Cuando éste penetró en el despacho, nadie hubiera sospechado que D. Julian hacía cinco minutos debía de haber sido un cadáver sin la oportuna llegada de su doméstico.

El Barón era un hombre de 40 años, buen mozo y de aire distinguido. Su fortuna era colosal, y no obstante esto, aburríase soberanamente, sin esposa, sin hijos, sin nadie en el mundo que endulzase aquel tedio que le consumía.

Saludó afectuosamente á D. Julian, que le condujo á un asiento, mientras él arrastraba otro cerca del visitante.

—¿A qué debo hoy el honor de tan amable visita? preguntó D. Julian al potentado.

—A una resolución extraña que he tomado al despertar.

—Desea Vd. retirar sus fondos...

—Nada de eso. Para nada me he acordado de esos pocos cuartos que Vd. tiene depositados en su caja, donde los considero tan seguros como en la mía.

D. Julian se estremeció, y una palidez mortal cubrió su semblante.

—Otro asunto de muy distinta índole me obliga á molestar á Vd., continuó el Barón. Deseo casarme. Me aburre la vida, y entre quitármela y buscar lo

que tanto he odiado, una esposa, para probar en un cambio radical de costumbres el hallar un lenitivo á mi hastío, he preferido intentar este extremo recurso.

—Y en qué puedo...

—¿Ayudarme á realizarlo? Fácilmente: vengo á pedir á Vd. la mano de su hija.

—¡De Aurora!

—Justo: Aurora es una joven bellísima, juiciosa, de talento poco común, y creo es la única que conviene á mis propósitos.

—Grande honor hace á mi casa el Sr. Barón, contestó D. Julian; pero siento en el alma tener que negarle lo que en otra ocasión sería para mí el colmo de la dicha.

—¡Cómo! Vd. se opone...

—Cierto. Si hubiese Vd. llegado dos minutos después, no hubiera tenido que dirigirse á mí; me hubiera hallado muerto.

—¡Muerto!

—Aún conservo sobre mí el arma con que pensaba quitarme una existencia, que de hoy más, todos tendrán el derecho de escarner; pero como mi resolución es irrevocable, apenas ponga Vd. el pie fuera de este despacho, consumaré mi propósito.

—¡D. Julian! Y á qué se debe...

—Nadie como Vd. tiene derecho á ser mi juez. Estoy arruinado. Acabo de ver confirmada en mis libros esta horrible verdad. En ellos aparezco deudor de cinco millones, de los cuales Vd. es acreedor á cuatro. Vea Vd. si es posible un día más de vida, para quien tan honrada la ha sostenido hasta ahora.

—No hablemos de eso, dijo el Barón. ¿Sabe alguien ese estado de sus negocios?

—Mi tenedor de libros y yo únicamente.

—Bien, pues pase Vd. esos cuatro millones al *Haber*; trabaje Vd. para recuperarlos para su hija, á quien los cedo como dote; y como el millón que resta puede Vd. en un año ganarlo con el auxilio de mi capital, que pongo á su disposición, creo que habrá usted de variar sus siniestros propósitos.

—¡Ah! Sr. Barón, exclamó D. Julian, yo no sé si aceptar.

—No, quien ha de aceptar es su hija de Vd. Si logro que ella me conceda su mano, Aurora será quien salve á Vd., y no yo.

—¡Es verdad! exclamó D. Julian bastante confuso con la lección, porque en efecto, aún faltaba que Aurora accediese á lo que el Barón pretendía.

Tiene Vd. razón, prosiguió D. Julian: á ella debo apelar para obtener mi honra perdida y para conservar la vida de su padre.

—Pues háblela Vd., amigo mío, y si ella me dispensa la honra de aceptarme por esposo, Vd. hallará facilidades para proseguir su laboriosa existencia.

Salió el Barón, y aún no había pisado el último peldaño de la escalera, el timbre eléctrico llamaba por señales convenidas al despacho de D. Julian á su bella hija.

—¿Llamabas, papá? exclamó ésta entrando por la puerta interior que ya conocemos.

—Sí, hija mía, dijo D. Julian; siéntate pues tenemos que hablar.

Aurora, admirada de aquel tono solemne con que su padre pronunció estas palabras, sentóse agitada por un temblor nervioso que recorría todo su cuerpo.

—Aurora, dijo D. Julian: qué harías tú por salvar la honra de tu padre.

—¿Yo? Sacrificar la mía si fuera posible.

—¿Y por salvar su vida?

—Sí con la mía podía salvarla, sacrificarla gustosa. ¿Pero por qué me haces esas preguntas, papá?

—Porque voy á pedirte vida y honra al mismo tiempo.

—¿A mí?

—Sí; oye, dijo D. Julian. Y acto seguido púsola de manifiesto su situación, y el único remedio que providencialmente se le había presentado.

Aurora oía aterrada la confesión de su padre, y sobre todo aquella proposición extraña de dar su mano á un hombre casi desconocido, á quien no amaba.

—¿Qué contestas, hija mía? dijo D. Julian al ver que Aurora permanecía como aplastada bajo el peso de tamaños acontecimientos.

—¿Qué he de contestar, padre mio, si en ello van tu vida y tu honra comprometidas! Que no amo á ese hombre; pero que te amo á tí con toda mi alma, y que por tí seré suya.

—¡Hija idolatrada! exclamó D. Julian: grande es tu sacrificio, pero grande es el mio al exigírtelo. Antes de conocer mi ruina, todos sus millones no hubiesen bastado á que yo insistiese contigo en que aceptases un enlace contra tu voluntad: hoy tengo que suplicártelo de rodillas.

—No, padre mio, no. Acepta en mi nombre; pero que sea pronto ese casamiento, ¿oyes? muy pronto. Si tardase dos meses, no respondería de que pudiese verificarse.

—¿Por qué, hija?

—¡Oh! no insistas en esa pregunta, y acelera esa unión que ha de salvarte de la desgracia.

D. Julian abrazó á su hija, hizo enganchar el coche, y una hora después entraba en el hotel del Barón.

—He hablado á mi hija, Sr. Barón, dijóle al tomar asiento.

—¿Y qué, acepta? ¿se niega?

—Acepta.

—¡Oh! gracias, D. Julian; me hace Vd. feliz con tan fausta nueva. Creo que Aurora no se arrepentirá de su condescendencia. Sé que no me ama, que puedo ser su padre, tal es la diferencia de edades que hay entre los dos, pero también creo que sabré hacerme amar de ella con el tiempo, porque jamás hombre alguno habrá rodeado á su esposa de más bienestar y consideraciones que yo. Esta nueva existencia del porvenir, me encanta, y estoy dispuesto á ser tan marido, como refractario al matrimonio he sido hasta hoy.

Esta noche tendré el honor de ir á su casa de usted, Sr. D. Julian, para oír de los labios de Aurora la ratificación de esa promesa que colma todos mis deseos.

Salvado D. Julian de la ruina, activó cuanto pudo el enlace de su hija, pero entre una cosa y otra transcurrió más de un mes hasta que todo pudo estar completamente listo para la boda.



Entretanto, Aurora, que aparentaba aceptar, si no con júbilo, con complacencia al menos, este casamiento, cuando se veía sola, daba rienda suelta á sus lágrimas. Un malestar profundo alteraba de día en día sus facciones, y cuando vió próximo el día de su enlace con el Barón, allá en el recóndito misterio

de su solitaria alcoba de soltera, habríasela visto una noche escribir apresuradamente una carta que estrechaba convulsivamente entre sus crispados dedos, y que ella misma fué á depositar en el correo.

Hé aquí su lacónico texto:

«Me caso: Este inmenso sacrificio me lo impone  
»la amenazada vida de mi padre, á quien al mismo  
»tiempo salvo el honor. No me busques, no te acuer-  
»des de mí. Acaso después de cumplido mi sacrificio  
»deba morir. Cuando nadie pueda verte, al regresar á  
»España, busca entonces mi tumba, y ruega á Dios  
»que me perdone. Preveo mil tormentos para mi exis-  
»tencia, si sobrevivo al trance supremo que me espera,  
»Por Dios te ruego que jamás intentes acercarte á  
»mí. Yo debo morir para todo el que no sea el hom-  
»bre cuya felicidad voy á destruir para dar á mi padre  
»la que le falta.

»Adios, hasta el cielo.

AURORA.»

Esta carta llevaba un sobre que decía:

*Al Sr. D. Cesáreo Casadeval, capitán del Regimiento de caballería de...*

Habana

Pocos días después de haber escrito esta carta, Aurora daba su mano al Barón y partía con él de Madrid para viajar por Suiza é Italia.



La primera ciudad donde descansaron los recién casados, fué Barcelona, punto en que debían embarcarse para Génova.

El Barón, que durante todo el viaje habíase mostrado sumamente afectuoso y atento con su esposa, como hombre ya maduro y de gastadas pasiones, no parecía muy impaciente por realizar esos dorados sueños de los que van al matrimonio en alas del amor vehemente, que cuentan las horas y los minutos de entrar en completa posesión del objeto amado.

Sin frialdad, pero tampoco sin entusiasmo, vió llegar la noche en que por primera vez iba á habitar bajo el mismo techo y entre las mismas paredes que su joven esposa.

Cualesquiera puede suponer cuál sería la conducta de un novio enamorado, al llegar al punto de descanso, después de veinticuatro horas de tren, bajo las indiscretas miradas de empleados y compañeros de viaje.

El Barón, contra lo que es de cajón en tales casos, tomó un palco para el Liceo, y á él condujo á la bella Baronesa, luciendo magnífico vestido y deslumbrantes joyas.

Una sombría tristeza veló durante toda la representación el pálido semblante de la recién casada.

El Barón, notando este estado de su ánimo, la preguntó repetidas veces:

—¿Te sientes enferma, Aurora?

—¿Yo? no, contestaba ésta forzándose por sonreír. El cansancio del viaje me ha abatido un poco... pero nada más.

Terminó la ópera y el matrimonio regresó al hotel donde se hospedaba.

Una vez en su dormitorio, el Barón se sentó para terminar un habano, é hizo que Aurora tocara al piano algunos trozos de *Un ballo in maschera*, que acababan de oír en el Liceo.

Aurora tocaba admirablemente y entretuvo al Barón durante una hora.

Cuando acabó de tocar, exclamó riéndose el Barón:

—¿Qué te parece el papel que hace Renato en esa obra, Aurora?

—¡Triste! exclamó Aurora sorprendida por la pregunta.

—¡Y tan triste!—añadió el Barón. Yo no creo que haya en el mundo nada que pueda compararse al sufrimiento de un hombre que se vé tan vilmente vendido y engañado. Toda mi vida he pensado en esto, y me ha retraído de contraer matrimonio.

—Pues es raro, Enrique, contestó Aurora, que con tal desconfianza te hayas fijado en una mujer como yo, de quien apenas conocías el carácter y las inclinaciones.

—¡Ah! es que esa duda no me ha abandonado ni contigo misma. No hay mujer que al casarse no le parezca una Santa á su marido; por eso se casa con ella; lo malo es después....



—Y tú me supones capaz....

—Hija, como á todas las mujeres, al casarme contigo he cerrado los ojos sobre el porvenir: lo he hecho porque necesitaba hacerlo, para no matarme por hastío.

—¿Y sobre el pasado?—contestó con la garganta anudada por la angustia la infeliz Aurora.

—Del pasado nada sé; pero supongo que criada con recato, aunque sin madre, desde hace muchos años, habrás sabido conservarte pura, y en tal concepto te elegí.

—¿Y si te hubieses engañado?

—¡Engañarme!... contestó el Barón poniéndose pálido como un difunto. Si me hubieses engañado.... te despreciaría y huiría de tí.

—Pues bien, señor Barón exclamó la joven levantándose con la firmeza de un martir que confiesa su fe y arrostra el peligro, desprécieme Vd.; huya usted de mí: le he engañado miserablemente.

—Anda, locuela, pareces una trágica con esos ademanes. ¡Ea! vamos á dormir, niña mía.



Y el Barón se acercó á su mujer intentando darla el primer abrazo.

—Señor Barón, repitió Aurora repeliéndole suavemente; le digo á Vd. que no soy digna de su aprecio, que le he engañado á Vd., que le he robado, y que sólo merezco su odio y su desprecio.

—Pero qué dice esta chiquilla, exclamó el Barón esforzándose por hacer asomar una sonrisa á sus labios.

—Oiga Vd., señor Barón, si puede, con calma, la historia de mis desventuras.

Y Aurora obligó á sentarse á su lado al Barón, que llamó en su auxilio todas las potencias de su alma para afrontar aquella confesión que le horrorizaba sin conocer aún sus secretos detalles.

—Yo amaba á un hombre, continuó Aurora; este hombre era hijo de un enemigo mortal de mi padre, y no podía tener entrada en mi casa; mi pasión me arrastraba hacia él con locura, sin permitirme reflexionar sobre las consecuencias de mis imprudentes entrevistas con él en casa de una mujer que me había criado y que favorecía nuestros amores. Sucumbí, como sucumbe una joven sin experiencia, á los halagos de aquel hombre, que poco después marchaba á América para lograr la posición que le faltaba, y con la que pensaba presentarse más tarde á mi padre, que ignoró siempre nuestros amores. En esto llegaron los acontecimientos que Vd. sabe. Ví á mi padre dispuesto á suicidarse, que me rogaba casi de rodillas que le devolviese la honra y le conservase la vida.

¡La honra, yo.... que había deshonrado sus canas! Confesarle mi situación hubiera sido herirle de muerte, y no tuve valor para sacrificarle por Vd., por usted, que era un extraño para mí, mientras él era mi padre, ¿oye Vd.? mi padre de mi alma, por quien daría mi vida, por quien la daré, si Vd., como tiene derecho á ello, me la pide para lavar la afrenta que he arrojado sobre su frente. Por un padre querido se roba, se deshonra, se injuria y se mata. Si soy culpable ante los ojos de Vd., pronta estoy á recibir el castigo.

Ya sabe Vd. mi secreto, este secreto que me ha estado ahogando durante dos meses, y que no sé cómo no ha concluído con la debil existencia del sér que llevo en mis entrañas. Ahora, máteme Vd. Soy madre.



SEÑOR CURA, Ó CASADOS, Ó MUERTOS

El Barón dió un rugido horrible y se levantó con las manos crispadas sobre Aurora.

Esta esperó la agresión impávida. Ni un músculo de su rostro se contrajo, ni un movimiento hicieron sus manos para rechazarla.

El Barón se contuvo. Mordió con rabia los guantes hasta destrozarlos y después cayó desplomado en la butaca cubriéndose la cara con las manos.

Al cabo de cinco minutos alzó la cabeza, enjugó con el pañuelo el sudor que brotaba de su frente, se levantó, y dió algunos paseos por el cuarto.

Después paróse delante de Aurora, y con acento, al parecer tranquilo, exclamó:

—¿Es cierto cuanto me has dicho? ¿Tu padre ignora absolutamente cuanto te ha ocurrido?

—Se lo juro á Vd. por la memoria de mi bendita madre.

—Bien: dime ahora quién es ese hombre.

—¿Quién?

—Tu seductor, tu amante.

—Ha dejado de serlo desde que pertenezco á otro, y este es mi esposo.

—¿Quién es él? repitió con calma el Barón.

—¿Para qué quiere V. saberlo?

—Porque tengo derecho á ello.

—Es verdad: se llama Cesáreo Casadeval.

—¡Casadeval! ¡Mi amigo! prorumpió el Barón; el capitán que hace dos meses me dijo marchaba á Cuba, donde esperaba morir ó volver por una mujer á quien amaba....

—Ese; el capitán Casadeval.

El Barón volvió á pasearse como un cuarto de hora por la habitación, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Aurora, dijo á su esposa, acuéstate; estás cansada y necesitas reposo.

—Permítame V.....

—Mira, Aurora, interrumpió el Barón. Las situaciones difíciles gusto de terminarlas pronto.

No entraré á comentar tu conducta para conmigo. Tiene tanto de horrible como de heroica. Comprendo que hay ocasiones en que para dar calor al hijo ó al padre que se mueren de frío, se puede incendiar el mundo entero. Tú me has sacrificado á tu padre, y bajo este punto de vista eres admirable; pero has hecho desgraciada mi existencia más de lo que era, y me has asesinado, porque yo sucumbiré ahora como iba á sucumbir tu padre para cubrir la mancha de mi honor. Tú no me amabas, y me resigné á esperar que me amarías con el tiempo. Pero ya no sólo no me amas, amas á otro, y traes á nuestro matrimonio un hijo de aquel amor. Esta situación es espantosa, insufrible y debe tener un término, y lo tendrá.

—A todo estoy resignada.

—Nada temas por tí, ni por él.

—Acaso mi hijo....

—Aún no ha nacido y quieres que ya le amenace?

—Pero nacerá tal vez, y entonces....

—Te repito que nada temas. Lo único que te suplico es que el mundo no advierta que entre nosotros hay un abismo.

Delante de él seremos marido y mujer. Solos, dos seres extraños el uno para el otro.

Duerme ahora, te repito, mientras yo velo. Las cortinas de esa alcoba son para mí tan fuertes como puertas de roble.

—No podría dormir.

—Descansa al menos.

Y esto diciendo, el Barón condujo á Aurora hasta la puerta de la alcoba. Cerró por su propia mano los

esposos cortinajes, y fué á instalarse en el sofá, donde se reclinó, disponiéndose á pasar en él la noche.

Poco después, en aquella que debió de ser cámara nupcial, sólo se oía la agitada respiración del Barón, y de vez en cuando algún suspiro que salía de la alcoba donde reposaba Aurora.



El programa del viaje al extranjero se cumplió al pie de la letra, y tal como lo había anunciado el Barón.

Dos meses después estaban los esposos de vuelta en Madrid.

Durante aquel tiempo de *luna de miel*, ni una sola alusión hizo el Barón á los acontecimientos que hemos visto desarrollarse en el trascurso de esta breve historia.

Galante y obsequioso en público con Aurora, cuando quedaban solos, ni una palabra se cruzaba entre ambos.

¡A qué! Allí no existía la vida íntima del matrimonio, ni aun la amistad de dos personas que se estiman.

Ni el Barón recriminaba, ni lloraba Aurora.

Pero aquel silencio era más horrible que todas las tempestades que las conmovidas pasiones de ambos cónyuges pudieran provocar.

Nunca hubiera podido aplicarse con más verdad á aquellas dos existencias la sentencia de Campoamor:

Sin el amor que encanta,  
la soledad del solitario espanta;  
pero es más espantosa todavía,  
la soledad de dos en compañía

Todos creían felices á estos esposos ricos, que viajaban con todo el lujo y comodidad que les proporcionaba su inmensa fortuna, y nadie hubiera podido sospechar que aquellas tiernas deferencias del Barón y aquella sonrisa eterna de la Baronesa, eran máscaras puestas á dos estatuas de hielo.

Una carta del Ministerio de la Guerra español, que el Barón recibió en Venecia, dió término á sus escursiones por Italia.

Al llegar á Madrid, los esposos se instalaron en un magnífico hotel que el Barón había hecho preparar con gran suntuosidad.

En él recibió Aurora á todo lo más florido de la corte que vino á visitarla á su regreso.

El Barón proyectó un baile en su palacio para solemnizar el día de su santo.

Cuanto de magnífico encierran los bazares de la capital y de París, fué trasladado al hotel Risco. Los mejores fondistas fueron llamados á surtir el elegante buffet, y las huertas de Murcia y de Valencia arrojaron wagones enteros cargados de flores sobre aquel improvisado paraíso.

D. Julián, ébrio de felicidad al ver la que creía en su hija, bullía como un joven, ayudando á su yerno

en la preparación de los salones, del jardín y del comedor.

Sólo Aurora no tomaba parte en esta actividad que todos desplegaban en torno suyo.

Veía hacer, y contemplaba con melancólica mirada cómo se elevaba ante sus ojos aquel nuevo escenario, donde debía representar su eterna comedia.

Esto sucedía quince días después de la llegada de los Barones á la corte.

La mañana de aquel día, hallábase el Barón en su despacho, ocupado en arreglar muchos papeles, y en escribir infinidad de cartas.

Cuando todo lo hubo ordenado, y las cartas fueron cerradas y envueltas en un paquete lacrado, el Barón escribió sobre la cubierta:

*Para ser repartidas después de mi muerte.*

Después hizo llamar á Aurora.

Presentóse ésta en el despacho con la prontitud y obediencia pasiva de un autómeta.

—Siéntate ahí, díjola el Barón.

Aurora obedeció y se sentó en el sillón del despacho.

—Ahora escribe sobre ese papel.

—¿Qué quiere Vd. que escriba? Contestó Aurora, que hablaba de Vd. siempre á su marido cuando se hallaban solos.

—Lo que voy á dictarte.

—Ya escucho.

«Querido Cesáreo»... comenzó á decir el Barón.

—¿Cómo? exclamó Aurora, que creía no haber oído bien.

«Querido Cesáreo», repitió el Barón.

—¡Al fin! exclamó Aurora.

—¿Al fin qué? contestó el Barón.

—Al fin vamos á tocar el desenlace de este horrible drama, ¿verdad?

—Sí, contestó secamente el Barón.

«Querido Cesáreo: Esta noche te aguardo»...

—¡Pero Cesáreo está en Madrid!... exclamó Aurora deteniéndose.

—Ya lo ves, cuando le llamas...

—Yo no le llamo, es Vd.

—Bien, le llamas tú en mi nombre.

«Esta noche te aguardo á la una en punto en el pabellón del jardín, que tiene entrada por una puerta que cae á la Ronda....»

—¿Pero qué intenta Vd. hacer, Barón?

—Ya lo ves, proporcionarte una entrevista con tu antiguo amante.

—¿Para sacrificarnos juntos?

—¡Vaya! me crees tan imbécil que te pusiera en tales antecedentes si pensase en haceros daño? Nada hay aquí oculto: puede venir con seguridad.

—No comprendo.

—No lo necesitas por ahora: prosigue.

«En la esquina de la calle del Almirante y Recoletos habrá un carruaje parado, con cristales azules en los faroles, entra en él y déjate guiar por el cochero, que te introducirá hasta mi presencia.

Te espera sin falta.

Tú....

—Firma, dijo el Barón.

—Pero....

—Firma, repitió con tono seco, aunque sin ira, el Barón.

Aurora firmó.

—Gracias, díjola el Barón.

—Soy su esclava de Vd. y á todo estoy dispuesta, hasta á morir; pero él es inocente....

—Sólo los culpables merecen castigo, y quien acaba de hacer á Cesáreo Comandante y lo ha traído de

Cuba, no ha de pensar en vengarse de una ofensa que no existe.

Aurora, cada vez más confundida, salió del despacho sin pronunciar otras palabras.

Llegó la noche, una noche espléndida de verano.

Era el 15 de Julio.

El hotel del Barón del Risco brillaba como un monumento de Semana Santa.

A las once y media empezó á llegar el convite, ocupando largo trecho de la calle infinidad de carruajes con los escudos de las primeras casas de la nobleza madrileña.

Una hora después, los acordes de una magnífica orquesta marcaban el compás de uno de los walses de moda, y á través de los abiertos balcones podía verse desde la calle pasar en rauda torbellino veinte hermosas mujeres arrebatadas por bailarines de primera fuerza.

Sonó la una en un reloj de bronce dorado, de un gabinete, donde la Baronesa, rodeada de señoras y caballeros, escuchaba mil lisonjas y plácemes de sus aduladores comensales.

Poco después apareció el Barón, y dirigiéndose á su esposa la dijo:

—Aurora, con permiso de estas señoras, ten la bondad de venir.

Aurora hizo un esfuerzo sobre sí misma para no caer desmayada sobre el diván donde estaba sentada.

Levantóse con trabajo, y tomó el brazo que el Barón la presentaba.

—¿Dónde vamos? dijo con voz desfallecida deteniéndose una vez más en el dintel de la puerta.

—A verle. Te está esperando.

Aurora sintió como una nube negra que la cubría los ojos.

—No puedo, dijo. me voy á caer desmayada.

—Vamos, valor. Te he prometido que nada debes temer.

—Como.... usted.... quiera, contestó la infeliz joven.

Y más bien arrastrando que andando, siguió á su esposo, que la condujo por pasillos y habitaciones desiertas hasta una escalerilla, por donde bajaron al jardín.

Recordaba entonces las palabras del Barón al comenzar aquella conversación en el hotel de Barcelona, cuando la hablaba del Renato de *Un ballo in maschera*.

Creíase ella Amalia y á su esposo el irritado marido de la adúltera arrastrándola desde el campo de los Ahorcados á su casa.

El fresco de la noche la reanimó un tanto, y cuando subía la pequeña gradería del pabellón, sólo sentía grandes palpitations en el corazón que parecía iba á saltársele del pecho.

El Barón empujó la puerta. subieron á tientas la escalera que conducía al piso superior, y en breve se hallaron en el saloncito cuadrado que servía de fumadero en el hotel.

Allí había dos hombres. Uno era un militar; el otro un eclesiástico.

Al aparecer el matrimonio, Cesáreo, pues éste era el oficial, se adelantó lleno de sorpresa hacia el Barón.

—¡Enrique! exclamó. ¿qué significa esto?

—Ya lo verás en breve, contestó el Barón.

—Señor Barón, dijo el cura; yo he sido traído aquí engañado; se me ha dicho que venía á auxiliar á un moribundo: el señor dice que le trae aquí una cita de una mujer ¿qué es esto, Sr. Barón?

—Una cosa muy sencilla, contestó el del Risco; se

trata de una reparación de honra, y Vd., señor cura, va á ser el brazo de la Providencia.

—Explíquese, Vd. señor Barón.

—Va Vd. á casar ahora mismo á estos dos amantes, á legitimar una unión consumada hace tiempo.

—Pero esta señora...

—Es mi esposa.

—¡Entonces es imposible; un acto de poliandria autorizado por un sacerdote! ¡Qué horror!

—Si prefiere Vd. otra casa, se convertirá en realidad lo que antes creía Vd. le había traído aquí.

Y el Barón sacó del bolsillo dos pistolas, con las que apuntó á Aurora y á Cesáreo.

—¡Sr. Barón! exclamó el sacerdote.

—Señor cura, ó casados ó muertos: no hay más que hablar.

—¡Pero esto es inaudito! exclamaba el pobre cura temblando de pies á cabeza.

—Piense Vd., señor cura, contestó el Barón, que de sus escrúpulos de Vd. pende la vida de tres criaturas.

—¡Tres! exclamó Cesáreo.

—¡Tres! contestó sordamente el Barón: ella te dirá quién es la tercera, ó tú puedes adivinarlo.

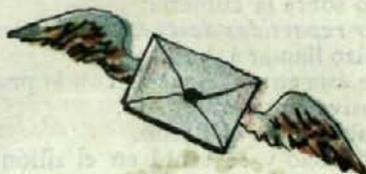
El cura vacilaba; pero los cañones de las pistolas seguían dirigidos á las cabezas de los dos amantes, y de un momento á otro podía ser causa de un doble asesinato.

—Los cánones, los concilios, cuanto hay de más autoridad en la Iglesia, dijo el cura, no han previsto este caso. Soy víctima de un loco: que me perdone el Señor.

—¿Está Vd. dispuesto?

haber partido, y cuando bajaron al jardín, hallaron al Barón con el cráneo destrozado, sobre el banco de un cenador.

La noticia de su suicidio cundió en breve por toda la casa; acudió la justicia, que levantó el cadáver, y toda aquella brillante sociedad fué desfilarlo y renegando de la maldita ocurrencia de aquel extrambótico, que los había reunido en su casa para darles aquel disgusto.....



Abierto el testamento del Barón pocos días después, hallóse que instituía por su universal heredera á su viuda, dejando una manda de diez mil duros al cura D. Felipe R... como indemnización de una mala noche que le había hecho sufrir.

## La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Saldrá los días 15 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela *completa* y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 cénts. de peseta

Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado 3 pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales 2.50 pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.



—Sí, contestó el cura; faltó á un deber por cumplir otro mayor, el de salvar la vida á dos semejantes.

—A tres, dijo el Barón: esta señora está en cinta de cuatro meses.

—¡Aurora! exclamó el capitán.

—Al fin has comprendido... contestó el Barón.

Y por sí mismo empujó una pequeña puerta, quedando al descubierto un oratorio iluminado por cuatro bujías.

—¡Hóla! dijo en voz alta, y aparecieron dos criados vestidos de negro.

—Sed testigos de esta extraña boda, dijo.

Aurora y Cesáreo, sin darse cuenta de lo que les pasaba, unieron sus diestras, y empezó la ceremonia.

Cuando ambos hubieron pronunciado el sí, volvieron el rostro y no vieron al Barón.

—¿Se ha ido? dijo el cura aún lleno de zozobra.

Una espantosa detonación fué la contestación que obtuvo su pregunta.

Todos corrieron hacia el sitio de donde parecía